

Herencia de siglos

A la sazón, las diferentes culturas que poblaron estas tierras fueron dejando su granito de arena. Costumbres, ritos, creencias y celebraciones que, naciendo profanas de la mano de la naturaleza y las civilizaciones de los poli dioses, fueron adecuándose al mandato de la nueva religión. Un cristianismo que, en muchas ocasiones entró a golpe de Cruzada o, cuando menos, de Inquisición. Las tierras castellano-manchegas, policromía de las Tres Culturas, encontraron en la ganadería y la agricultura, durante siglos, el eje vital alrededor del cual se armonizaron sus festividades y se desarrollaron las ceremonias y hábitos que podemos contemplar hoy como tradiciones antiguas. La artesanía, por ende, dio a luz cerámicas en las vajillas domésticas, estameñas, paños, colchas, tinajas, cuchillos, útiles diarios cuya fabricación manual tuvo un peligroso receso con la aparición de la industria y, en ocasiones, sobrevino el eclipse más absoluto de muchas de aquellas formas tan expresivas de la manera de ser y entender la vida de cada pueblo. Las masivas emigraciones contribuyeron de hecho, decisivamente, en esas pérdidas; los jóvenes, los más fuertes buscaron otros horizontes donde ganarse el pan, precisamente abandonaban su tierra los aprendices y los futuros maestros que hubieran mantenido las habilidades heredadas.



Cultura a golpe de hoz

Agricultura y ganadería han sido las actividades primordiales desarrolladas por los pobladores de nuestra región para subsistir. Adaptándose a estos quehaceres, se fue perfilando una cultura autóctona que, en cada localidad, se matizaba con las posibilidades que ofrecía su entorno. Así, desde la siembra a la siega transcurría la vida de los hombres que, entre pastoreo y cultivo, encontraban tiempo para venerar a sus santos y pedirles el feliz término de su trabajo. Festividades, romerías, advocaciones marianas, toda una gama de expresiones para asegurarse —a pesar de los empeños de la Madre Naturaleza por ir en contra—, una productiva cosecha, que las vacas dieran buena leche o que gallinas y cerdos proporcionaran abundantes huevos, las unas, y hermosos jamones, los otros.

Si en Toledo eran la salud y las cosechas preocupaciones fundamentales que llevaban a sus paisanos hacia la devoción a los santos en el siglo XVI, entre todos, San Sebastián era el más venerado, —aparte de la Virgen—, pretendiendo su mediación contra las pestilencias. Las plagas de langosta en el trigo, el pulgón en las viñas y las

amenazas del tiempo —pedrisco, tormentas y sequía—, aumentaban la lista de santos especializados en prevenir aquellos desastres. Lamparillas caseiras a la Virgen en los hogares y romerías marianas en las que participaban todos los habitantes de la localidad, también formaban parte de los ritos indispensables. Nuestra Señora del Sagrario y la Milagra en Toledo; Nuestra Señora de Alarcos, de la Sierra y la Virgen del Prado en Ciudad Real; la Virgen de Cortes y Nuestra Señora de los Llanos en Albacete; la Antigua y la de Barbatona en Guadalupe, adquirieron, corriendo los años, el rango de fiestas mayores, resumen de la religiosidad de los pueblos. Del mismo modo, epidemias, invasiones y apariciones desplegaron otras muchas de las creencias mayormente enraizadas durante siglos.

Junto a las aptitudes más piadosas de recogimiento y plegarias, las danzas, cánticos y ceremonias aportaron una nota colorista. Miedo, esperanza, muerte y vida, constantes siempre en la existencia del hombre.

Conviviendo con la religiosidad adquirida, desde el nacimiento, hacían aparición los ritos más ancestrales. Di-